

CRONICA INTERNACIONAL

I

LA primera guerra mundial del siglo estalló en Europa y por un motivo europeo; la rivalidad ultramarina de las grandes potencias no fué su causa más decisiva. La segunda guerra estalló también en Europa y a consecuencia de tensiones puramente europeas. Todo el mundo se preguntaba si, pese a la eliminación de las protestas de los *have-not*, la tercera guerra mundial estallaría por un país ex colonial —Corea— o por otros semicoloniales: los de Indochina. Desde luego, entre los numerosos conflictos posteriores a 1945, ningunos han sido tan «calientes» como los orientales: Palestina, Birmania, Indonesia, Malaya, China, Corea e Indochina. Este último ha recorrido con bastante rapidez la serie de etapas que separan a los conflictos localizables de los que no lo son: 1) Insurrecciones locales con partidas en la selvas y atentados en las urbes. 2) Guerra irregular, inconexa y semi-permanente. 3) Guerra generalizada, a la moderna, con auxilio indirecto exterior a los dos bandos. 4) Guerra general moderna con intervención exterior declarada en favor de los contendientes. La próxima y quinta etapa sería ya la fase indochina de la III Gran Guerra. Aquella última etapa ha tomado estado «oficial» con la Conferencia de Ginebra, en la que han participado las grandes *vedettes* internacionales: Molotof, Dulles, Eden, Chu-en-lai y, en cierto modo, Bidault. Y, además, los representantes de una serie de poderes regionales, algunos anteriormente eliminados de este género de conferencias (los «Estados Asociados» y las dos Coreas) y otros totalmente nuevos: el Viet-Mihn, y a sus flancos los Gobiernos populares *jemes* y *patet-lao*. Bastaba con esta concurrencia para comprender las cosas: 1) Que aun con la más decisiva ayuda occidental —y no solamente con la americana— a Francia, el conflicto nunca podría desembocar en el retorno a la situación de 1939; porque ocho años de guerra ha cam-

biado la fisonomía y las perspectivas de Indochina. 2) Que el conflicto, a causa del desarrollo interno y externo alcanzado en el terreno de los hechos bélicos —la capitulación de Dien-Bien-Fu coincidió con las sesiones públicas de la Conferencia—, sólo tenía solución *internacional*; ya por vía pacífica, ya por vía violenta. Es decir: internacionalizando las modalidades, garantías y aplicaciones del arreglo (tregua, armisticio o paz) o, en su defecto, internacionalizando la guerra. Esto suponría tanto como comenzar en el Extremo Oriente la colisión de los dos grandes bloques mundiales poseedores de las armas de destrucción masiva. En todo caso Indochina no volvería a ser una posesión ultramarina de Francia; los Estados Unidos así lo exigieron para acentuar su ayuda, sin la cual hace tiempo que los franceses habrían sido expulsados del país. Por otra parte, el reconocimiento de hecho de los antiguos rebeldes y sus éxitos militares suponían una realidad aceptada por Francia al negociar con ellos —pese a las protestas de sus «asociados»—, cuya más simple salida de urgencia parecía ser la división del país (instada por Inglaterra, pero rechazada por Bao y Dulles), que a diferencia de Corea, resultaba difícil de practicar por la discontinuidad, la irregularidad y el entrecruzamiento de los frentes, más bien zonas de contacto y de penetración que líneas separatorias. Así, la Conferencia conoció abundantes planes y contraplanes particionistas, entremezclándose con otros de orientación política, como la constitución de Gobiernos con representación de todos los elementos interesados y la celebración de elecciones, con supervisión exterior (de la ONU, según Occidente; «neutral», según los comunistas), para decidir el futuro del país. Mientras la India y los neutralistas asiáticos presentaban al margen de la Conferencia sus propias fórmulas de «alto el fuego».

II

La idea de que el problema de Indochina sólo era la faceta más aguda del problema planteado en común a todos los países del Sudeste asiático por la penetración comunista, indujo a los Estados Unidos a lanzar una idea con el apoyo de Tai y de los dominios del Pacífico, que alarmados ante las revelaciones del «affaire» Petrof, arrastraron a Francia y más difícilmente a Gran Bretaña. La promoción de una organización defensiva sería una réplica oriental de la OTAN y, como

ésta en Occidente, contendría los impulsos comunistas desde Birmania a Indonesia. Así nació la idea de la SEATO o PATO. El bloque neutralista no permaneció indiferente; pero la posición de la India encabezadora de la oposición a aquélla se debilitó. La Conferencia de Colombo, notable en el aspecto de la cooperación técnica, social y económica, no lo fué tanto en el de la coincidencia política. Nehru quedó solo en ella, logrando a duras penas una resolución para condenar «al comunismo, al colonialismo y al anticomunismo». Mas en la práctica Ceylán autorizó a los Estados Unidos a utilizar su suelo como escala de las cadenas aéreas anticomunistas desde Europa al Lejano Oriente. Y Pakistán, saltando por encima de las amenazas indias, concluyó con los Estados Unidos un pacto de mutua ayuda (sin cesión de bases ni alianza ofensiva) que coincidió con los desórdenes de Bengala Oriental, suscitados por choques entre las secciones locales de las organizaciones hinduístas y grupos musulmanes. En esa fecha la agitación del Pakistán oriental parecía aplacada por la aceptación de la cooficialidad del bengalí, por la Asamblea Constituyente de Karachi, fruto del triunfo del «Frente de Unidad» sobre la Liga Musulmana en las elecciones regionales. Y el pleito de Cachemira estaba tranquilo. En cambio, la actitud de Nehru se había endurecido respecto de los enclaves europeos en la costa india, avivando la polémica con el doctor Salazar, defensor de la provincia lusitana de la India, que invocó la alianza con Inglaterra y el Pacto Atlántico. Nehru consiguió provocar la reunión de una conferencia francoindia mediante la ocupación de trozos aislados del «establecimiento» de Pondicherry. En compensación, la agitación en Malaya y Filipinas decreció entretanto, siendo significativa la entrega del cabecilla *huk* Luis Taruk, que fortaleció al Presidente Magsaysay. En los bastiones antibolcheviques del Lejano Oriente, Chiang inauguró su nuevo mandato presidencial en Formosa, y Rhee vió comprometida su base parlamentaria por las elecciones en Corea del Sur; útiles, sin embargo, como reto a los comunistas del Norte, para que imitaran tal ejemplo.

III

En el Oriente Medio, las negociaciones en torno al petróleo persa continuaron lentamente; Zahedi siguió en el Poder enfrentándose

con las dificultades heredadas de Mossadeq, cada vez más penosas. Abdelaziz Ibn Seud sentó las pautas para la creación de una marina saudita, concediendo para ello el monopolio del cabotaje petrolero a un naviero griego, no sin protesta inglesa. Jordania y los vecinos árabes de Israel siguieron quejándose de las agresiones sionistas en Palestina, mientras Israel se quejaba a la vez de ser él el agredido, sin que las intervenciones de la ONU resolvieran el grave problema de Palestina. Muy interesante fué la visita del Presidente libanés Chamun a la América hispánica, reforzando los lazos entre la Arabidad y la Hispanidad. Egipto entró en una nueva fase de negociaciones sobre Suez, ya bajo la dirección efectiva de Abd el Nasser, por el apartamiento que su dolencia impuso a Naguib. Los trabajos de la constituyente sudanesa avanzaron lentamente. El viaje de Haile-Selassie, a los Estados Unidos puso de manifiesto la voluntad del *negus* de fomentar el progreso de su país, prescindiendo de los apoyos peligrosos de potencias coloniales y vecinales mediante el concurso de las organizaciones internacionales y de los Estados Unidos.

En el Magreb francés la situación siguió tensa y en su compás de espera. Desde luego no mejoró en Túnez por la aplicación de las reformas de Voizard, insuficientes como remedio total, y sólo temporalmente útiles como paliativo suavizador. El cambio en Rabat del residente Guillaume por el diplomático François Lacoste hizo concebir a muchas esperanzas, un tanto optimistas, porque Guillaume seguía en su puesto militar. El cambio de personas sin ir acompañado de la rectificación de los errores, es bien poca cosa.

IV

En el Africa Subsahariana continuaron los trabajos de varias comisiones británicas para reformar las constituciones de diversas colonias-protectorados, acentuando su autonomía y también la nativización de sus poderes. Así las de Costa de Oro, Nigeria y Keña. En la primera se reservaban sólo al Gobernador —es decir, a la metrópoli— los asuntos exteriores, la defensa y Togo. Pero se establecían ciertas salvaguardias de transición respecto de la Justicia, los empleados públicos y las cargas públicas. En Nigeria se aceptaba la federalidad tripartita (esto es, con Camerón del Sur, pero sin Lagos) y la res-

ponsabilidad de los gobiernos regionales. En Keñia, las propuestas de Lord Lyttelton chocaron a la vez con la oposición de los colonos y de los africanos; las negociaciones de Windley con los jefes del «mau-mau» (sirviéndose del capturado «General China») chocaron con varios incidentes, y el movimiento, aunque muy castigado, subsistió, trasladándose al otro lado del Kilimanjaro: al vecino fideicomiso de Tangañica. Disturbios locales hubo en Lusaka, capital de una de las tres partes de la Federación de Rhodesia y Nyassa por la prohibición de residencia de las indígenas con sus hijos sin los certificados de matrimonio y residencia. Más abajo, el doctor Malan tronó una vez más contra Nehru, llamándolo «enemigo del blanco»; Malan pidió la incorporación de los protectorados sudafricanos y rechazó la interferencia de la ONU en los asuntos de la Unión, pero declinó el promover una revisión interafricana para elaborar una Carta para el continente negro, dejando la iniciativa a Inglaterra, como poseedora de mayores intereses y más cualificada para hacerlo.

El Africa negra latina estuvo, en general, tranquila; el Presidente Craveiro Lopes visitó las provincias portuguesas de Cabo Verde, Santo Tomé, Príncipe y Angola, cosechando los aplausos de los portugueses locales, blancos y de color. Una misión naval española visitó la Guinea española.

V

Saltando el Atlántico, la victoria de los populistas en Belice colocó al Gobierno británico en una situación delicada. En conexión con esa situación estuvo la preocupación de los norteamericanos por la recepción de armas procedentes de «allende el telón» por los guatemaltecos de Arbenz, supuestos aliados de los populistas belicenses para promover movimientos de emancipación en la colonia inglesa, bajo orientación comunista.

Muy importante fué la publicación del proyecto de Estatuto Constitucional del Reino de los Países Bajos, formado por tres países iguales: Holanda (con Nueva Guinea), Surinam y las Antillas. El proyecto reproduce, con modificaciones, el texto elaborado hace tres años en la Conferencia Interneolandesa de La Haya. Las dos partes americanas del Reino son prácticamente independientes en cuanto a sus asuntos privativos, respecto de los que quedan en pie de igualdad con la me-

trópoli. Ciertos órganos metropolitanos actuarán en interés común, y ateniéndose a las instrucciones de las tres partes, por razones de economía y simplificación. Así, las representaciones diplomáticas y consulares, el Consejo de Estado y el Tribunal Supremo. Mas en éstos, en el Parlamento holandés y en el mismo Gobierno de La Haya, habrá representaciones de las otras dos partes. Holanda espera con estas reformas parar los futuros ataques de la O. E. A. contra el «colonialismo europeo» en América, y conseguir de la ONU que elimine de la lista del art. 73 de la Carta de San Francisco, a sus dos ex posesiones americanas.

J. M. C. T.